

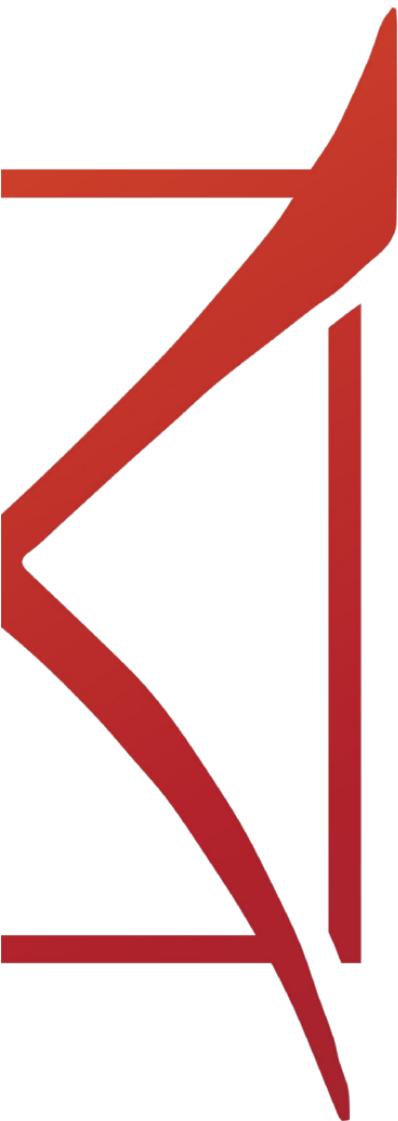


TAIKA
EDITORIAL

Flores *por* encargo



Rivela Guzmán



Flores por encargo

Rivela Guzmán

erató
COLECCIÓN



©2024 RIVELA GUZMÁN

©2024 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, ABRIL 2024

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA
©Mara Garibay
©Juliana Montoya Rodríguez

ILUSTRACIONES
©Juliana Montoya Rodríguez

ISBN DE LA OBRA
978-628-95493-6-2

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO E IMPRESO EN COLOMBIA

ÍNDICE

LAS HUELLAS DEL RECUERDO ALHELÍ	11
NO CORRESPONDIDO	25
ANHELANTES	31
EL JARDÍN	37
MÁS QUE UN ADIÓS	49
NOVILUNIO	55
LA NATURALEZA DEL ARTE	69
PERENNE	77
VERGEL	85
LAS HUELLAS DEL RECUERDO TATUAJE	91

*Para mi mamá, que ha sido mi amiga,
mi confidente y mi admiradora.
Para mi familia, que nunca me abandona.
Y para cada una de las versiones de mí
que ha dudado.*



No correspondido

DE todos los escenarios posibles del amor, el florero en la oficina de Patricia nunca imaginó ser parte de uno.

Todo comenzó cuando llegó un ramo de gardenias a la oficina, sin tarjeta ni razón de quién lo mandaba o por qué. El mensajero solo decía que era para Patricia y nada más.

Él, tan acostumbrado a acumular polvo en el librero junto a tomos de filosofía y leyes, se extasió de tener uso y hacer alarde de su fino acabado. Era una antigüedad después de todo y merecía ser exhibido y presumido como tal. Qué le importaba si eran flores o hierbas, mucho menos importaba quién las remitía. Su porte y elegancia enaltecerían cualquier arreglo que le pusieran encima; confiaba en ello, esa era la razón de su existencia.

Más creció su dicha cuando Regina, la asistente y secretaria de Patricia, lo retiró de su lugar para enjuagarlo y luego secarlo con cuidado al son de una canción melosa.

Rompió con las reglas básicas de ser un objeto decorativo al tener gustos y opiniones propias, al despertar del letargo normal de las cosas y fijar su atención en pequeños detalles que antes marcaban su rutina y carecían de importancia.

El perfume de las gardenias lo sofocaba y la blancura de sus pétalos se le figuraba tan sosa como la de las hojas de papel que veía sobre el escritorio. Consideraba que sus tallos eran demasiado gruesos y toscos, y de ellos salía más follaje del que necesitaban. Al mismo tiempo, comparaba la belleza de las flores con la de Regina y, a su conocedor ver, estas no le llegaban ni a los talones.

Pero no se dejaba abatir por su propio fastidio; sostenía el ramo con altivez, con ganas de que Regina se fijara un poco en él.

Ansiaba otra vez su toque, un nuevo contacto con ella, y se regodeó con los primeros vestigios de muerte en las flores. El color café invadió los pétalos de las orillas hacia adentro, consumiendo su frescura como una quemadura voraz, y su embriagadora fragancia desapareció para dejar un olor triste y acedado. El verdor y la refulgencia del ramo se transformaron en un manojo deslucido en el suspiro de una semana; el florero, impaciente, anhelaba la sutileza y la calidez de Regina, aun si eso significaba que quedaría relegado al librero otra vez.

No contaba con que llegarían más gardenias al mes siguiente y un mes después de ese otro ramo, y que eso marcaría el ritmo de lo que se convertiría en un ciclo vital para él. Entonces se dio cuenta de lo mucho que había cambiado su inanimada vida. Ante él, un mundo de sensaciones desconocidas se develaba, un horizonte

más allá de su rol ornamental le ofrecía la oportunidad de sentirse vivo y desear. Entre el aroma de gardenias frescas, sus marchitos restos y la espuma de jabón, conoció el amor.

Tuvo la oportunidad de experimentar otros sentimientos también cuando Regina le habló un día:

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó; el florero hubiese querido tener boca para decir una y mil veces que sí, que a él podía decirle lo que quisiera—. Soy yo, yo le mando flores a Patricia cada mes.

Era una confesión que parecía ser dolorosa y prohibida; sin embargo, la voz de Regina era firme y sosegada, revelaba en sus palabras una resignación casi chocante.

—La amo —suspiró—. Sé que no debo, que no gano nada con esto, pero la amo. Me enamoré de quien no debía.

El florero no entendió por qué le molestó tanto. Por segunda vez, experimentaba algo intenso, algo ajeno al aburrido mundo al que pertenecía, y no tenía más remedio que conformarse de la misma forma que ella. Le quedaba el consuelo de ese ritual tan sencillo e íntimo que compartían, el secreto de Regina y ese sonsonete que susurraba ella con dulzura cada que llegaban las gardenias.

Afuera el cielo esperaba por la luna llena y, ahí en esa oficina, el florero aguardaba con ansias que llegara el ramo para abrazar sus tallos con su grueso cuello de vidrio y así ser digno de las mundanas caricias. Quería estar cerca de ella, necesitaba sentir sus dedos delgados y el calor de su piel sobre la trama grabada en su superficie.

Deseaba ser de carne y hueso para hundir su rostro en el cabello de Regina y averiguar si se le impregnaba el

perfume de las flores y, de no ser así, decorarlo con gardenias. Codiciaba decirle que esos pétalos no se comparaban con su tersa piel y que, de seguro, eran blancos de envidia al ver su rosada boca. Ansiaba sostenerla entre sus brazos, así como sostenía los ramos que ella mandaba; quería mantenerla protegida y que se supiera amada.

Sobre todo, el florero soñaba con tener labios y cantarle entre ardientes besos ese romántico bolero:

*Dos gardenias para ti
Con ellas quiero decir te quiero
Te adoro...*





El jardín

NUNCA te pareció tan triste el cielo ni la luna tan solitaria. En el cobijo de la noche, ahí donde dominas la vida y la muerte a tu antojo, te encuentras derrotado. Trescientos años cansan a cualquiera, pero conocer la dicha y verse arrebatado de ella puede destruir al hombre más recio. Y, en este momento, sospechas que no posees ni la mitad de la entereza que creías.

Sostienes la urna de marfil con ambas manos y la miras. Te resulta difícil creer que Yanick está ahí, reducido y hecho polvo, pero es así. Tú mismo la escogiste a petición suya. Qué brutalidad la de él, poner sobre tus hombros una decisión así cuando le rogabas con los ojos llenos de lágrimas ensangrentadas que se uniera a ti en la eternidad. Peor todavía era la brutal calma con la que te sonreía antes de acariciar y besar tu rostro, no para regalarte palabras de consuelo, no, sino para recordarte que debías cuidar de su jardín. Su maldito jardín.

Tonto que eras, bromeabas con que los celos que pudieras tener estaban reservados para ese pedazo de tierra al que le dedicaba su día y le entregaba su sudor bajo la fiera luz del sol. Ver a tu amado desde las sombras, en esa dedicación casi posesiva, era hipnótico y enfadoso a la vez. Admirar su devoción por los caprichosos tulipanes te entretenía y te dolía; te proporcionaba una ventana a esa chispa tan humana que habías perdido siglos atrás. Lo envidiabas por tenerla, y a las flores por ser objeto de sus atenciones sin mérito aparente; a pesar de los sentimientos que revolvía en tu pecho, también te hacía amarlos con más intensidad.

Yanick, tu Yanick, siempre jugando a ser jardinero... Así fue como te atrapó, rodeado de los verdes brotes que apenas se preparaban para la primavera. Donde tú viste tu próximo festín, él te vio a ti. El calor que emanaba de su cuerpo y el olor a petricor que se desprendía de su piel te cegaron, su sangre llamaba por ti con cada latido de su corazón. Lo escuchabas tan claro, tan rotundo, que bien pudiste haber confundido su pulso con el ritmo de un tambor.

Olvidaste las precauciones y la obligatoria etiqueta de la cacería. Fuiste un verdadero depredador al abalanzarte sobre él con las uñas dispuestas como garras y la boca abierta, lista para atacar.

—He esperado tanto por ti —le escuchaste suspirar cuando tus colmillos se clavaron en su cuello.

Sus manos se perdieron en tu cabello y presionaron tu nuca, te instaron a saciar tu sed a plenitud. No saboreaste la adrenalina que precede a la muerte, sino que tu boca se inundó de pasión, de candor, y, al entrar a tu cuerpo

la vida ajena, viste el cielo azul y el Keukenhof¹ en todo su esplendor. Apreciaste la frescura del rocío acumulado sobre el androceo de los tulipanes en mañanas que jamás habías vivido; así como el frescor de las manos, con sus uñas ennegrecidas de tierra, que habían plantado esas flores con esmero. Las visiones permearon el ardor de la sangre en tu lengua y se coronó de atardeceres acumulados, deslumbrantes a tus ojos, al punto del dolor.

Azorado, te separaste de él y lo dejaste caer al piso. En su rostro palidecido se dibujaba una débil sonrisa.

Era la primera vez que te sucedía algo así: degustar a tu víctima de esa manera. Después de la mordida inicial, existía el frenesí alible que iba de la mano con la resistencia y el temor. La sangre sabía a ese aliento desesperado que esconde el deseo de sobrevivir, pero Yannick te regaló otro tipo de vitalidad. Te dio, sin tapujo alguno, su vida a manos llenas, y, con ella, te entregaba su corazón lleno de la deliciosa esencia que mueve a los que viven y a los que desean vivir. Quizá eso te enamoró, o quizá fue únicamente el inicio de una serie de misterios que terminaron por hacerte caer en la más tierna y vehemente concupiscencia.

Te volviste la sombra de los rincones de su hogar durante el día y el celador de sus sueños en las noches que caía rendido al cansancio. Te regaló sus horas y algunos de sus secretos; supiste de sus labios su historia y, lo que no te contaba, te permitía verlo a través de los mortales besos que lo consumían. Al final de tu abrumador abra-

1 Parque floral ubicado en Países Bajos. Es uno de los más grandes del mundo, notable por su variada colección de tulipanes, híbridos y cultivares.

zo, quedabas siempre con la misma imagen en la mente: tulipanes tan rojos como la sangre fresca salpicando un interminable campo. Y, en medio de este, tú con la mirada fija en tus manos extendidas frente de ti.

¿Rezabas acaso las plegarias que aprendiste de niño? La idea te resultaba absurda, incongruente con tu naturaleza victimaria. Buscabas en los ojos azules de Yanick una respuesta y encontrabas esa sonrisa de medio lado que escondía más de lo que estaba dispuesto a develar. Te enloquecía un poco. No te gustaba no entender. A tu edad, con tanto camino recorrido, te resultaba insultante la confusión y la ignorancia.

—¿Qué significan los tulipanes? —te atreviste a preguntar con los labios apretados contra su cuello, confiado en que el éxtasis que le provocaba tu sed lo dejara a tu merced—. ¿Por qué siempre piensas en ellos?

—No son más que flores —dijo y oprimiste su yugular con más fuerza de la que generalmente usabas. El gemido que dejó escapar y la risa traviesa que le siguió fue una armonía agrídulce a tus oídos—. Fue gracias a ellos que te vi. Fue gracias a ellos que nos conocimos.

Ahora reniegas. De tus ateridas entrañas, nace un odio irrefrenable; odias esas flores, odias el jardín y odias a Yanick con su sonrisa torcida y sus enigmáticos entresijos. Conociste los recovecos de su cuerpo, en ocasiones sin siquiera tocarlo, pero no terminaste de recorrer los laberintos de su mente. Sí, lo odias, y lo padeces tanto que despotricas contra su tibio amor hacia ti y tu desventurada suerte por amarlo tanto. La rabia te consume más de lo que podría consumirte el hambre o el irrefrenable sol. Deseas arrancar los bulbos del suelo y

hacerlos polvo con tus propias manos, patear la tierra y maldecirla para que sus probabilidades de reverdecer sean las mismas que tiene Yanick de volver a tus brazos.

Recuerdas sus palabras después del fatídico día en que te avisó su muerte:

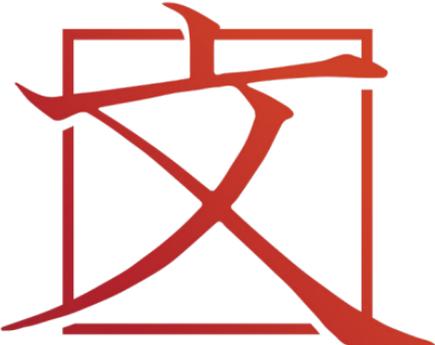
—Hemos vivido todo lo que teníamos que vivir. Estuvimos juntos más tiempo del que esperaba, de lo que creía posible.

Le imploraste que bebiera de tu sangre. Hiciste un corte en tu muñeca y le ofreciste tu rezumante herida con la garantía de que caminarían juntos por la eternidad, sin enfermedades o fuerza que los separara, excepto la voluntad.

Yanick alejó tu brazo de él. La tristeza se asomaba en sus ojos, aunque estos brillaban con una certidumbre tal que no pudiste tomar su gesto como otra cosa que una paciente abulia. Su resignación te provocaba echarte a sus pies y llorarle, suplicarle, como un niño emberrinchado. Él se limitaba a pedirte, exigirte, que no olvidaras tu obligación, que los tulipanes no debían marchitarse y debían florecer a la llegada de cada primavera. Porque eran importantes, muy importantes, pero a ti lo que te importaba era él y él parecía haberse dado por vencido mucho antes de recibir la fatal noticia de los doctores.

Qué malvado y egoísta fue. Y qué necio fuiste al insistir cada noche que pudiste, con la invitación de la oscura ambrosía que los convertiría en cómplices de la muerte y compañeros inmortales.

—Pídemelo y te daré mi sangre —le decías—. Serás mi vástago, mi amante, y nada ni nadie te hará daño.



TAIKA
— EDITORIAL —



contacto@taikaeditorial.com